

ANTONIO HERNÁNDEZ PROLONGA SUS VERSOS A NUEVA YORK DESPUÉS DE MUERTO

ANTONIO MORENO AYORA
Catedrático Lengua y Literatura

En 2010 la editorial Calambur publicó, con el título de *Insurgencias*, el volumen que contiene la obra poética completa del gaditano Antonio Hernández, que la presentaba dividida en dos tomos que incluían, respectivamente, ocho y siete poemarios que se iniciaban, para el primero, con *El mar es una tarde con campanas* (de 1965), donde hallamos frecuentes reflexiones líricas sobre el amor, el paisaje y la infancia, aspectos que reaparecen en el título siguiente, *Oveja negra*: “Allá en el Sur, bajando por los montes / ... / había una joven que creció en su pena / como la oveja negra entre las blancas”). En el mismo tomo primero se integran asimismo los libros *Donde da la luz* (que incorpora con rotundidad el sentimiento de su ser andaluz para justificar que “De Andalucía entera ilimitada / por los andaluces, escribo”), *Metaory*, *Homo loquens*, *Diezmo de madrugada* (vibrante en recuerdos, sentires doloridos y constantes imágenes de la infancia: “Nunca hemos sido más / que cuando fuimos niños”), y luego *Con tres heridas yo* y *Compás errante*, en donde de nuevo se reitera un acercamiento lírico al mundo andaluz del gitano y del flamenco.

Ese primer tomo cubre el periodo lírico que va de 1965 a 1985, por lo que el segundo abarca desde 1986 (año representado por el título *Indumentaria*) hasta *A palo seco* (con primera edición de 2007 en RD Editores de Madrid). En medio quedan otros que son *Campo lunario*, cuyo objetivo es encumbrar la belleza inherente a ciudades como Córdoba, Cádiz o Sevilla, *Lente de agua*, el fundamental *Sagrada forma* (Premio Jaime Gil de Biedma y Premio Nacional de Poesía de la Crítica Española), y por fin *Habitación en Arcos*, *El mundo entero* (Premio Rafael Alberti del 2000, se reeditó en 2007 por el Ayuntamiento de San Sebastián de los Reyes) y el citado *A palo seco*.

Comentaremos brevemente este último por ser el que cierra el volumen *Insurgencias*. Antonio Hernández dijo de él que significaba un intento por “despojar al

poema de toda retórica, ir a la esencia, para llegar al conocimiento de uno mismo”¹. Así pues, con esa primordial intención agrupó en sus páginas 71 composiciones de versos heterogéneos en cuanto al cómputo y la rima, aunque predominen los heptasílabos y endecasílabos combinados y ungidos con una musicalidad efectiva a partir de variadas conexiones fónicas internas. Con sencillez y con espontaneidad los versos van surgiendo matizados de actualidad y dibujando las preocupaciones del autor: el inmisericorde paso del tiempo, el sufrimiento humano, la ingrata soledad y el pesimismo de vivir sin esperanza y con el desagrado de la vejez. Se afirma que lo único que salva al poeta, al hombre, es la emoción de la poesía, por eso busca “un libro hermoso de poemas para / espantar un poco la muerte”. Y no hay duda de que *A palo seco* reúne una poesía directa, de mensaje liberador y comprensible dicción, de humana apoyatura y de realidad vibrante. Aun cuando presente, por su condición estética, recursos como la antítesis, la paradoja, la metáfora o el paralelismo sumados a algunos otros, lo que importa es que esta poesía está narrada sin artificio ni engaño, sin hipocresía, “a palo seco”, para que haga más estragos la emoción y la denuncia. Dice Antonio Hernández que su libro “es una metáfora de la soledad”, y la expresión vónica que la asume es precisamente la que él enarbola en su título, la de beber “sin tapas, a palo seco”, como también ha precisado en la citada lectura que hizo en Córdoba.

Sin embargo, la poesía de Antonio Hernández no se ha agotado con este último poemario de *Insurgencias*. El lector, evidentemente, encuentra reunidos en esta amplia recopilación la mayoría de los versos del poeta, pero este ha proseguido su trayectoria lírica sin detención y por ello nos ha vuelto a sorprender con un nuevo título que es *Nueva York después de muerto*², al que dedicamos los comentarios que siguen, adelantando como punto de partida la opinión general que sobre su poesía expresaba Jesús Bregante en su *Diccionario de Literatura española* (Madrid, Espasa-Calpe, 2003): “En sus versos, afronta el reto de romper con los moldes realistas desde una concepción simbólica del lenguaje poético”.

Ha sido a principios de 2013 cuando la Asociación Colegial de Escritores de Andalucía ha revalorado a Antonio Hernández reconociéndole merecedor del Premio de las Letras Andaluzas por esta obra lírica *Nueva York después de muerto*. En ella el poeta gaditano ha vuelto su mirada al mítico Nueva York, que da título a esta obra en la que se continúan las facultades líricas de un poeta al que Santos Domínguez Ramos acaba de calificar como “una de las voces más sólidas y templadas, más

¹ Palabras del propio autor pronunciadas en la Real Academia de Córdoba el día 29-1-2008, cuando se le presentó su poemario *A palo seco* en el ciclo “Los martes poéticos de la Academia”. Véase información en *Diario Córdoba* del día 30-1-2008.

² Antonio Hernández, *Nueva York después de muerto*. Madrid, Calambur, 2013.

matizadas y versátiles de la poesía española del último medio siglo”³. Pero en este caso no estamos ante un poemario cualquiera, ni por su extensión –que alcanza 134 páginas repletas de versos repartidos en tres apartados o “libros”– ni por la estructura con que se desenvuelve, un largo discurso poético que progresa mediante la suma de párrafos líricos sucesivamente entrelazados y sin titulares que los separen. Y es precisamente esta forma de construir el poemario la que enseguida se esboza en su primera sección, que adopta un tono entre narrativo (“Sucedió / en un país lleno de ratas y telarañas”) y reiteradamente reflexivo (“Ella genera el odio / en los más cicateros corazones, ella”), apoyado con frecuencia por una expresividad en la que son frecuentes la imprecación y la anáfora: “vistámosla de olvido, pongamos su flor incierta / a orillas de las tumbas para siempre”.

El autor ha concebido su poemario como un espacio lírico en el que se entrecruzan referencias al poeta Luis Rosales, a García Lorca y al propio personaje de Antonio Hernández –síganse sus pinceladas biográficas–, los tres a su vez hermanados, hechizados, iluminados y ensombrecidos por la cultura americana de Nueva York. Esta ciudad, por añadidura, representa el símbolo de lo mudable, de la vida frenética, y los tres poetas vienen a ser la conciencia humana que se acerca a la metrópoli para indagarla, para comprenderla, para recordarla atrapada en una palabra cuyo eco quiere permanecer “después de muerto”. En una caótica enumeración de símbolos y realidades neoyorquinas –excesivos a veces–, Hernández infiltra también el caos de la España de posguerra (“o puede ser que el azogue nos traiga / la apocada comida fría del Auxilio Social / y veamos aquella España en pie / de hambre y de hombres rebuscando”) en la que el recuerdo de la pobreza evoca “a tristes emigrantes sobre un andén, helados / aun antes de partir para Alemania...”.

Es posible que el lector se pierda por momentos entre tanta eclosión de temas y reflexiones histórico culturales, haciendo de ellas con frecuencia una incursión en la literatura estadounidense: “hablemos de Pound, hablemos de Twain, / hablemos de Poe llevándolo / a una memoria imaginaria”. El poemario avanza con su mezcla de versos largos aversiculados y otros más breves y ágiles, pero siempre con García Lorca como fondo e invariablemente con su amigo Rosales, que emerge siempre “cuando empieza a fluir la memoria / que es la palabra del alma”. Ya la segunda sección aparece como un recalitrante recordatorio de emociones líricas surgidas o compartidas en Nueva York, la ciudad aquí continuamente descrita y mimada, bajo cuya tutela de experiencias puede afirmarse: “Por eso ahora vamos a hablar / como siempre de poesía”, y añadirse: “Y puesto sigues esperando / ... / que te hable de Federico, he de decirte / que era dulce y amargo”. Igualmente, con un lenguaje conceptista que debe saberse leer entre líneas, anécdotas y alusiones, reaparecen

³ Véase <http://santosdominguez.blogspot.com.es/2013/03/antonio-herandez-premio-de-las-letras.html>.

textos originales lorquianos juntamente con frases o citas que han hecho historia de otros personajes, como aquella de “Dos tiros en el culo, por maricón, / repite el tiempo a latigazos / en nuestro corazón acongojado”. Las expresiones y términos cultos o con carácter de neologismos (*insérsicas, polifemamente, poundianamente, liposuctor...*) se adoban en conjunto con un necesario lenguaje coloquial propio del tono dialogístico: “Y no quise cebarme, y le dije que sí, / que de puta madre, que qué poeta”; “Era un tipo cetrino, sigiloso y mindundi”.

Buena parte de la tercera sección, del tercer libro, es un remedo lírico-poético del estilo, los temas, la métrica del romancero y de los más genuinos símbolos de García Lorca, como el Darro, los gitanos, la navaja, la luna... De este modo, los versos de Antonio Hernández reviven, reanudan y concitan la voz, el ritmo, la sugerencia y la sintaxis lorquianos: “El Mulhacén y el Veleta / tienen el pelo canoso. / Nada llora tanto como / en primavera sus ojos”; o “El Juez Mayor de Manhattan / por entre la niebla viene”. Así, el ciclo de homenaje a Lorca y a Luis Rosales, a los que se da continua voz en estos versos (que además el autor ha explicado con claridad en sus palabras iniciales tituladas “Justificación”), se cierra con este último apartado, donde se esconden otra vez subrepticamente la denuncia y la crítica social, aludiendo a lo que es por un lado “hambre, frío, muerte, paro...”, por otro conciencia de la desigualdad aludida en “Nadie es negro si es de oro, / si es de oro su cartera”, y dejando en el aire, como una baladilla que Lorca musitara al poeta tan andaluz que es Hernández, el consejo más valioso y más humano: “No lloréis más por mi muerte. / Darro y Genil ya se encargan / de llorar eternamente”.

Podemos decir que Antonio Hernández, quizá pensando en aquello que afirma ese otro andaluz universal que es Bécquer (“No digáis que, agotado su tesoro, / de asuntos falta, enmudeció la lira”), tenía que seguir escribiendo, aunque solo fuera para cumplir esa su palabra que asegura –lo leemos en el poema “21” de *Homo loquens*– “que yo estaré atareado en lo de siempre: / un poema y sus comas, el estallido / de cal de mi pueblo, los corazones / que invadieron mi pecho al conocerte”. Él mismo cree, según nos escribe en carta personal reciente, que en su obra “hay un ascenso paulatino de calidad y que voy consiguiendo lo que debe ser ambición de todo poeta: cantidad, calidad y versatilidad, aunque no por ese orden”.